



**70**

**Pedro Trigo**

**PEDRO CLAVER,  
ESCLAVO DE LOS ESCLAVOS**



**PEDRO CLAVER,  
ESCLAVO DE LOS ESCLAVOS**

Pedro Trigo, sj.

|                                                               |    |
|---------------------------------------------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN .....                                            | 3  |
| 1. VIDA Y FUENTES .....                                       | 5  |
| 2. APOSTOLADO DE SAN PEDRO CLAVER .....                       | 10 |
| 3. DEDICACIÓN A LOS ENFERMOS .....                            | 22 |
| 4. ATENCIÓN INTEGRAL A LOS PRESOS Y CONDENADOS A MUERTE ..... | 29 |
| 5. LA FUENTE DE SU APOSTOLADO .....                           | 33 |

Este año se cumple el 125 aniversario de la canonización por Leon XIII de Pedro Claver, jesuita catalán nacido en Verdú (Lleida). Hemos creído interesante publicar este estudio, a la vez profundo y crítico, sobre el amplio apostolado que realizó Pedro Claver con sus amados esclavos negros.

Va destinado a todas aquellas personas que deseen conocer mejor este santo y su manera de evangelizar, muy alejada de lo que hoy sería un programa de catequesis. El artículo fue publicado en *Revista Latinoamericana de Teología* (2004).

**Pedro Trigo, sj.**, es profesor de Teología en el Instituto de Teología para religiosos, Facultad de Teología de la UCAB (Caracas - Venezuela). Vive en una zona popular y acompaña a comunidades cristianas de base.

Edita Cristianisme i Justícia, Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona

Tel. 93 317 23 38 - [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) - [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)

Imprime: Edicions Rondas S.L. - Depósito Legal: B-4.060-2013

ISBN: 978-84-9730-313-2 - ISSN: 2014-654X - ISSN (ed. virtual): 2014-6558

Mayo 2013

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGA-CIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que os ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

Pedro Claver es un caso extremo de solidaridad, tanto por lo que realizó como por la perspectiva desde la cual lo llevó a cabo. Treinta y ocho años dedicado en cuerpo y alma a los esclavos, en el puerto de Cartagena, con altísima eficiencia y contentamiento de los destinatarios, es vivir una vida llevada hasta el extremo. Pero más aún lo es vivirla «desde el reverso de la historia», es decir, perteneciendo a los esclavos. Pedro Claver se expropió a sí mismo para pertenecer a los expropiados de todo derecho, también del derecho de disponer de sí mismos.

La legitimidad de la esclavitud, en una sociedad cristiana, se amparaba en la distinción entre alma y cuerpo. El alma de los esclavos seguía siendo libre y pertenecía a Dios; el cuerpo, es decir, la fuerza de trabajo, estaba enajenada, ya que pertenecía al amo. Esta separación, literalmente diabólica, aparecía como tal por el dualismo de la cristiandad, agudizado en el postrento. Para pertenecer a los esclavos, Claver mortificó su cuerpo para vivir casi de forma exclusiva como símbolo espléndido del amor que Dios les tenía. Difícilmente encontraremos un santo que haya negado tanto su cuerpo, y es seguro que no habrá otro que haya abrazado y acariciado tanto a tanta gente con tanto amor.

La relación entre solidaridad y cuerpo es un tema crucial, en la época postmoderna, más aún, es un avance respecto de la modernidad. El cuidado es una actitud básica de nuestros tiempos. El cristianismo, desde su irrenunciable perspectiva creatural, asume esta perspectiva, pero dialectizándola. El caso de Claver, desde otra época, sin duda, puede arrojar mucha luz sobre el modo de encarar vitalmente este tema, desde el seguimiento de Jesús de Nazaret.



# 1. VIDA Y FUENTES

---

Claver nace en Verdú (Lleida), en 1580. Después de estudiar en su ciudad natal, sus padres lo enviaron a Barcelona, en cuyos Estudios Generales hizo cuatro años de gramática y uno de retórica.

## 1.1. Bosquejo biográfico

En 1602, entra en la Compañía de Jesús. Hace el noviciado en Tarragona con extraordinarias muestras de fervor. De allí lo envían a Gerona, donde estudia un año de humanidades, y a Mallorca, en 1605, para estudiar filosofía. Allí, en el colegio de Montesión, es clave para su vida el encuentro con el hermano Alonso Rodríguez, un anciano que llevaba largos años de portero. El superior le da permiso para hablar con él un cuarto de hora diaria. Él le inculca la devoción, la humildad y la mortificación, así como la vocación misionera. El hermano le entregó un cuaderno de apuntes espirituales, que él leyó asiduamente, a lo largo de su vida y que, al enfermar, legó, con el permiso del General, al noviciado de Tunja.

A finales de 1608, regresa a la península, habiendo pedido ya ir a misiones, y en efecto, en 1610, cuando comenzaba su segundo año de teología, lo envían a América. Es significativo que se embarca solo, en un barquito con pocas condiciones de navegabilidad, pero llega sin novedad a Cartagena. De allí lo mandan a Bogotá, donde le enseñan teología. La estudia de 1612 a 1615, culminándola exitosamente con el examen *ad gradum*. En sus exequias, el vicario general de la diócesis de Cartagena, que la gobernaba por estar la sede vacante, dio un testimonio muy laudatorio de los tiempos en que ambos estudiaron juntos, alabando de forma especial su inteligencia e integridad.

Ese mismo año es destinado a Cartagena, donde es ordenado sacerdote en

1616. Se inicia en el trabajo con los esclavos con el padre Alonso de Sandoval, que en el año 1617 es llamado a Perú, hasta 1620, recayendo todo el peso sobre el neosacerdote Claver. Sandoval llevaba en Cartagena desde 1605 y permanecerá en el apostolado de los negros hasta su muerte, en 1652. En 1623, concluye su tratado *De instauranda aethiopum salute*, el único tratado sistemático sobre la evangelización de los negros, inspirado en el *De procuranda indurum salute*, de Acosta. En él sobresalen a la vez la erudición y la capacidad para visualizar situaciones y sistematizar experiencias. Fue el maestro de Claver quien sigue sus métodos y su espíritu, personalizándolos. En abril de 1622, Claver hace la profesión solemne. En ella estampó después de su firma la fórmula que definió su vida: *Petrus Claver, aethiopum semper servus*.

Dice Astráin, en su bosquejo biográfico, que los jesuitas «le miraban como a un pobre hombre» que no servía para otra cosa «sino para lo que estaba haciendo: esto es, para catequizar a los negros bozales que desembarcaban en Cartagena y luego eran distribuidos por otras partes de América. Confirma su apreciación, entre otros datos, con los informes secretos que enviaban a Roma los superiores. El de 1616 dice así: «P. Pedro Claver: ingenio, mediano; juicio, menos que mediano; prudencia, corta; experiencia de los negocios, corta; aprovechamiento en las letras, mediano; talento; sirve para predicar y tratar con indios». En los de 1642, dice el historiador, «el ingenio, el juicio, la prudencia y la experiencia llevan siempre la calificación de *mediocris*; solamente

se le llama insigne en el ministerio de catequizar a los negros. En el catálogo de 1649 varían poco las calificaciones, con la diferencia de que el ingenio es bueno y la prudencia pequeña, exigua». Es un hecho que nunca es propuesto para superior, ni se le consulta nada, y eso que había una gran penuria de padres profesos y, por eso, de superiores. El único cargo que desempeña, además de su dedicación a los negros, es el de prefecto del templo.

Da mucho que pensar por qué fue tan poco estimada una persona tan notable por muchos motivos. En algo contribuiría el arte que tenía para ocultar todo lo bueno y para rebajarse siempre. Aunque ese tenía que haber sido más bien otro motivo de estima, en una época en que tantos ambicionaban la profesión solemne y los cargos. En este contexto, es significativa de su actitud la carta que dirigió al General, pidiéndole que no le diesen ningún grado, sino que lo mantuviesen con los votos del bienio, después del noviciado. El General le respondió expresándole que se edificaba de su propuesta, pero que se mantuviese indiferente a lo que determinase la Compañía.

Se dice que era mediocre en los negocios; pero en asuntos de los esclavos, con la logística tan complicada que requería, se desempeñó perfectamente bien, y lo mismo puede decirse de la atención a la organización de la cuaresma y la pascua. Para él era fundamental, por ejemplo, disponer de intérpretes para cada lengua, aunque consta que él hablaba la general de Angola. Debí tener dificultades para disponer establemente de ellos, y por eso recurrió, en



1626, al General para procurárselos y que se los dedicara en exclusiva a esta misión. El General le respondió, en 1628, apoyándolo entusiásticamente y encargando al Provincial que se dedicaran sólo a su servicio los ocho esclavos que requería.

Creo que la clave del problema estaba en el juicio o la prudencia. Para no pocos jesuitas, y entre ellos los superiores, su carencia en este punto tan crucial era tan grave que lo volvía no apto para la Compañía. Esta discusión nos introduce en la entraña del ministerio de Claver. Pero eso lo dejaremos para el final, después de haber dado los elementos que están en juego.

Acabaremos el esbozo de su vida diciendo que enfermó de una epidemia muy mortífera, que se desató en 1651 en la ciudad. Al regresar de la misión que emprendía todos los años, en pascua por las haciendas, vino con un temblor en manos y pies que, al poco tiempo, le impidió decir misa e incluso mantenerse en pie. De todos modos, con ayuda de sus fieles intérpretes, continuó como pudo asistiendo a los leprosos y a otros ministerios, hasta que murió, en 1654. En su lecho de enfermo tuvo la alegría de escuchar el relato de la vida de su maestro, el hermano Alonso Rodríguez, escrita por Francisco Colín, en 1652. Su funeral constituyó una verdadera apoteosis.

## **1.2. Características de las fuentes**

Estudiaremos a Pedro Claver a partir de las actas de los procesos de beatificación y canonización. El estudio será, pues, un análisis de textos, enmarcán-

dolos en la época, que es de decadencia española y de consolidación de la América hispánica como América criolla. El ambiente cultural se caracteriza como barroco americano, que expresa ante todo una sensibilidad. El ambiente religioso es el postrento americano, y, dentro de él, el de la piedad popular barroca, como ocurría en la Compañía de Jesús, tal como lo había configurado el General Aquaviva, como expresión extrema y sobresaliente de la contrarreforma.

Como todo material de este tipo, hay que tener en cuenta que las preguntas que aparecen en las actas configuran un prototipo de santidad que actúa como parámetro. Esto quiere decir que los que dan testimonio (y lo dan porque creen en la santidad de esa persona) deben demostrar a la Santa Sede que cumple con los requisitos que ella pone para declarar santa a una persona. Si se les hubiera dejado testimoniar libremente, saldría a relucir tanto lo que les impactó de la persona como su propio paradigma de santidad. De este modo, en cambio, deben aceptar el modelo propuesto y medir por él a la persona.

Esto opera un desplazamiento de paradigmas, y desde este esquema, la historia no es reveladora de lo que en una época determinada es el seguimiento eximio de Cristo, sino la confirmación de que sí existen en ella ejemplares de los prototipos establecidos por la Santa Sede. La novedad del Espíritu queda opacada, la adecuación del seguimiento no es tal, porque se pone entre paréntesis la novedad de la historia y la del seguidor de Cristo. Sin embargo, a pesar de la rigidez del esquema,

no puede dejar de relucir la genuinidad del santo, si en verdad lo es, y esto es tanto más notable cuanto menos rígido es el cuestionario. En el caso de Claver, esto resulta muy evidente: hay preguntas sobre las que apenas dicen nada los testigos, y lo dicen un tanto genérica e incluso forzosamente, mientras que en otras, los testimonios forman una verdadera avalancha, por el volumen de las aportaciones. El contenido, además, es muy concreto y transmite la honda emoción que el santo dejó en ellos.

El otro problema de este tipo de material es que no da pie para rastrear el proceso de la persona, es decir, cómo ha llegado a esa plenitud cristiana, ya que se parte de su estado de santidad. En el caso de Claver, los testigos son todos de Cartagena, y hablan de él desde sus treinta y seis años de edad en adelante, cuando ya era sacerdote y estaba dedicado al único ministerio que desempeñó a lo largo de su vida.

Esto no sólo impide el análisis genético, sino también el estructural. Como los testigos deben ceñirse al cuestionario previo, se tocan cuestiones, en las cuales la persona no era relevante, mezcladas con otras en las que sí lo fue. De este modo se dificulta extraordinariamente ver los ejes estructuradores de su vida, y la figura que ésta compone. No sólo eso, incluso la descripción de su ministerio y de acontecimientos relevantes no se recoge en su integralidad pluridimensional, sino que se vuelve a ellos una y otra vez, y cada vez desde una virtud del santo: su deseo de propagar la fe, la caridad para con los prójimos, la atención a los enfermos, la mortificación...

### **1.3. El testimonio del hermano Nicolás González**

En particular, habría que mencionar la mano del hermano Nicolás González, que conoció al santo durante más de veintisiete años, cinco antes de entrar a la Compañía y veintidós como religioso. Fue sacristán de la iglesia cuando Pedro Claver era su prefecto, y fue el acompañante permanente del santo. Debía hacerlo uno, por la llamada «regla del compañero», según la cual un jesuita no podía estar solo, cuando salía de casa, y el encargado de acompañarlo era ordinariamente él. El hermano profesaba a Pedro Claver un inmenso cariño y admiración, que confiesa de modo expreso, en varias ocasiones. A su vez, el santo le daba plena confianza.

Su testimonio es tan amplio que ocupa 130 pliegos, en el legajo original, y además, no se restringe a la mera descripción de la persona de Claver, sino que demuestra que había comprendido tanto la lógica y estructura de sus ministerios como los móviles más íntimos del sujeto. Por eso, él es la base para cualquier vida que quiera escribirse sobre Pedro Claver. Además de eso, puede presumirse que influyó en el testimonio de los negros intérpretes. No significa eso, en modo alguno, que inducía su testimonio, pues ellos profesaban al santo un cariño personalísimo y una extrema veneración, y a la vez, se ve que dominaban su oficio, pero sí podía estar influyendo el testimonio, ordenándolo y dándole forma.

Por si esto fuera poco, el hermano Nicolás González actuó, en la última parte del proceso, como procurador de la causa. Su testimonio es muy consis-

tente y convincente, porque no sólo ofrece un caudal impresionante de datos, sino porque los comprende e interpreta de forma convincente, de tal modo que de ellos mana la figura viva del santo y, más aún, el misterio de su vida. Que su testimonio es fehaciente, se prueba porque es corroborado, tanto por numerosos datos complementarios como por apreciaciones de personas independientes y con autoridad, que enriquecen mucho el cuadro que compone el hermano, pero sin cambiar nunca la clave.

#### 1.4. Otros testimonios

Los testigos son variadísimos: tanto varones como mujeres, de todas las edades, estados de vida, condiciones sociales, razas y culturas. Componen un conjunto los hermanos jesuitas que vivieron con él y sus intérpretes esclavos negros: son los colaboradores permanentes de su apostolado y testigos continuos e íntimos de su vida. Otro está formado por devotos y devotas de la Compañía de Cartagena, que lo trataron de forma familiar. Entre éstos, es relevante mencionar a los devotos y devotas particulares del santo, que le pedían ayuda espiritual y que lo ayudaban, a su vez, de modo asiduo para su apostolado con los negros y los enfermos. Otro conjunto significativo es el de los religiosos de san Juan de Dios y otras personas, ligadas a los hospitales, que lo trataron mucho, específicamente, en ese medio. Otro grupo, con una perspectiva muy concreta, son los veci-

nos de Cartagena, entre los que cabe mencionar a los sacerdotes y religiosos de otras órdenes, a las autoridades, a los nacidos allí y que lo conocieron desde niños y a mucha gente popular, entre ellos, enfermos y pobres a los que socorría habitualmente y a los que también recurría para ayudar a otros.

Una ausencia en extremo significativa son los padres jesuitas. En la edición de las actas no aparece ninguno, bien porque no testificaron, bien porque la traductora (una historiadora italiana) no juzgó relevante nada de lo que dijeron, y de hecho, no traduce todos los testimonios para no alargar tanto el texto, ni hacerlo demasiado reiterativo. Tal vez para paliar esta ausencia tan escandalosa, el traductor oficial al latín y al italiano llama reverendos padres a los hermanos jesuitas que testifican. Un hecho que, en parte, explica esta omisión tan llamativa es que en la peste que hubo tres años antes de la muerte del santo murieron nueve del colegio de Cartagena. Además, habría que mencionar al padre Diego Ramírez Fariña, a cuyo cuestionario se refieren constantemente los testigos. Este padre llegó al colegio para continuar el apostolado del santo, quince días antes de su muerte. Claver, que estaba muy enfermo, se emocionó con esta noticia, y de lo contento que se puso, bajó a besarle los pies y lo recomendó a una «devota suya como confesor». Así, pues, aunque indirectamente, este padre sí intervino, testificando así que lo tenía por santo, insistimos en que casi no vivió con él.

## 2. APOSTOLADO DE SAN PEDRO CLAVER

---

Desde los testimonios que poseemos, parece claro que la clave de la vida de Claver es la consagración a los negros como expresión de su consagración a Dios. En efecto, en la fórmula de su profesión escribió que se dedicaba a la salvación de los negros, que se hacía esclavo de los esclavos para siempre.

### 2.1. Dedicación a la salvación integral de los negros

Quiero insistir que, en su caso, esa consagración es un documento personalísimo: pretende ser la expresión cabal de la opción fundamental, tornada después de un largo proceso de decantación de la voluntad de Dios sobre su vida y de liberación de su libertad para poderse la entregar efectivamente. Pues bien, la fórmula de los votos no le pareció suficiente para expresar su consagración personal y añadió, como lo más genuino y auténtico en lo que desembocaba todo lo demás, su entrega a los negros.

Esta entrega fue comprendida y vivida como una expropiación de sí y una pertenencia a ellos. Esta pertenencia dio

cauces y contenido a su vida, la salvó y plenificó, además de que dio vida a otras vidas: fue fecunda. Pero, no lo olvidemos, fue una consagración religiosa, formó parte de su consagración a Dios. Para Claver, esto no significaba ninguna mediatización ya que, para él, era obvio que el bien de los negros era su salvación integral: su vida de hijos e hijas de Dios, que implicaba una vida virtuosa y provechosa, pero, antes que eso, que vivieran sanos y que fueran respetados.

Así, pues, para Claver querer a los negros –o querer ayudarlos– y querer su salvación, no era de ningún modo un dilema, sino que era una misma cosa, porque la salvación que él proponía no era impersonal, sino que era personali-

zada, aunque tuviera elementos objetivos, como el aprendizaje de la doctrina cristiana, el bautismo y, luego, la confesión, la misa y la vida virtuosa. El núcleo era la oración, la relación personalizada con Dios y con Jesús, con la Virgen y los santos y la vida que de ahí dimanaba. Tampoco había ninguna dicotomía, porque buscó la salvación de los esclavos negros, a través de una relación tan personalísima, que todos los testimonios subrayan que amaba a los negros y los trataba como si fueran su familia, sus hermanos e hijos.

Por tanto, en nuestro análisis, vamos a partir de este apostolado, tanto con los que desembarcaban provenientes de África y que serían vendidos o transportados hacia el sur, como con los de la ciudad de Cartagena, como con los que vivían en las haciendas de la costa y de los ríos.

## **2.2. Apostolado con los negros «bozales»**

### *2.2.1. Recibimiento y primeras atenciones a los que llegaban*

Como marco, la referencia obligada es el *De instauranda Aethiopum salute*, de su maestro y compañero Luis de Sandoval, que murió dos años antes que él, después de cuarenta años de ministerio con los negros en Cartagena. Él describe de forma minuciosa cómo son capturados los esclavos, cómo hacen la travesía, en qué estado llegan a Cartagena y cómo son vendidos. Son descripciones escalofriantes. Los testimonios las corroboran abundantemente, en lo que respecta a cómo llegan los negros y cómo son puestos en cuarentena. De los

testimonios se deduce que en cada lote siempre había un grupo de esclavos que enfermaban por las condiciones de la travesía y que nadie los atendía. El encerrarlos en las bodegas del barco, la humedad, el hacinamiento, la inmovilidad, la mala comida y los excrementos acumulados llevaba a que contrajeran enfermedades contagiosas, tanto de la piel y luego de la carne (llagas infectadas y tumores), como de las vías digestivas, y se supone que también de las respiratorias. En esas condiciones, el hedor tenía que ser absolutamente insoportable. Los testimonios abundan en las llagas, la pus y la carne que se caía a pedazos, además, de las frecuentes diarreas.

El hedor y el temor al contagio aislaban a los enfermos. En las casas en que los tenían en cuarentena no tenían atención médica y estaban desnudos, sin ninguna medida profiláctica.

Sandoval trata minuciosamente lo relativo al modo de catequizarlos y administrarles el bautismo, y en particular, la dedicación de los jesuitas a este ministerio. En el texto, los testimonios que describen el apostolado de Claver, en esas primeras semanas, están distribuidos en diversas preguntas. La primera, sobre la administración del bautismo e instrucción a los negros infieles; la segunda se refiere a su celo por la salvación de las almas; la tercera, a la caridad con los enfermos; la cuarta, a la caridad.

Al saber que venía un barco, tenía tal alegría que decía misas por el que le daba la noticia. Y así, deseosos de que se las aplicaran, iban rápido a avisarle los primeros que se enteraban. Él averiguaba de qué naciones eran y conseguía intérpretes, si ya no los tenía, incluso

mandándolos a buscar, fuera de la ciudad y pagándoles a ellos o a sus amos lo que le pidieran. Con el tiempo, consiguió un cuerpo completo de intérpretes, unos dieciocho, no pocos multilingües. Recogía limosnas entre sus devotos, y con los intérpretes, iba al mercado a comprar regalos para llevarles, y con ellos se dirigía, en barca, a los barcos.

Al llegar, por medio de los intérpretes, les daba la bienvenida, abrazando y acariciando a cada uno. Les decía que estaba allí como padre de todos. Les insistía que no iban a asesinarlos, sino a servirse de ellos, y que, si se portaban bien, serían bien tratados. Se extendía en estas razones y en esas pruebas de amistad porque, como confirman abundantemente los testimonios, en su tierra les hacían creer que los matarían para sacarles la manteca y pintar con su sangre los barcos. Por eso, venían llenos de desesperación y se dejaban morir de hambre o se arrojaban al mar. Les decía que Dios los había traído para que lo conocieran y para hacerlos sus hijos.

Averiguaba si había enfermos graves o recién nacidos en peligro, se dirigía donde ellos limpiándolos, aliviándoles con lo que había traído al efecto y dándoles algunas golosinas y de beber. Luego, les preguntaba si habían recibido el bautismo. Si no lo habían recibido, por medio de los intérpretes, los preparaba lo mejor posible y con la solemnidad del caso, los bautizaba. A los ya bautizados, los instruía. A todos les imponía los óleos.

Y volvía a hablar al conjunto de los negros del barco con muestras de gran cariño. Pedía a los capitanes y a los amos que desembarcaran primero a los

enfermos y él y los intérpretes les ayudaban para que sufrieran lo menos posible en el traslado. Al desembarcar, mandaba nuevamente a los intérpretes con regalos para que les dieran la bienvenida y les aseguraran su compañía y ayuda. Cuando fue mayor y su salud se quebrantó, los superiores le prohibieron ir a los barcos; entonces, enviaba con esas instrucciones a los intérpretes y él salía a recibirlos al muelle. Se aseguraba que se trasladara con el mayor cuidado a los enfermos y él mismo ayudaba.

Cuando estaban en las estancias que les habían reservado, repetía lo mismo, abrazándolos, consolándolos y distribuyendo regalos. Dedicaba mucho tiempo cada día con los enfermos, atendiéndolos personalmente. Todos ponderan que lo hacía como si fueran de su familia, con todo amor y delicadeza y con suma paciencia y eficacia. Nunca daba la impresión de que se estaba mortificando, aunque los intérpretes, sólo por respeto a él, toleraban permanecer con los enfermos. Todos insisten en que parecía imposible, de bronce, como si no fuera de este mundo, ya que parecía no afectarle ni el aspecto repugnante, ni el hedor, ni las enfermedades contagiosas. Subrayan que el rostro se le trasfiguraba de tanto cariño y gusto. También insisten en el cuidado que tenía con los intérpretes y acompañantes para que no se contagiaran. No soportaba que los enfermos no soportaran su propio hedor, y hacía infusiones de yerbas aromáticas y arropaba al enfermo en su manteo para que le envolviera más el aroma. Era diestro en remedios, y así no sólo mostraba una voluntad de oro, sino eficacia.

No es fácil captar lo que sentirían los negros. Varios intérpretes dicen que ellos habían llegado con gran desfallecimiento vital y gran angustia y que la actitud del padre los ganó para siempre. Los habían capturado con violencia, los habían vendido como mercancía. Como tal, los habían transportado sin ninguna consideración. Y cuando esperaban ya la muerte, aparecía este personaje con tal capacidad comunicativa, en una onda radicalmente diferente. No les sería fácil procesar lo que estaba ocurriendo, pero por todos los testimonios, consta que se abrían al ofrecimiento amistoso de Claver, que su actitud era fehaciente.

### *2.2.2. Instrucción en el cristianismo*

En las estancias donde los tenían en cuarentena, esperando a que se recuperasen para venderlos o trasladarlos al sur, comenzaba el proceso de instrucción en el cristianismo. Procuraba ropas para los varones y sobre todo para las mujeres, pues todas venían desnudas. Ponía a un lado a los varones, al otro a las mujeres y los enfermos aparte con el acomodo posible. Hacía traer sillas para que se sentaran los intérpretes y para que esa muestra de autoridad animara a los esclavos a hacerse cristianos. Los instruía con mucha mímica, logrando que los negros participaran con todo entusiasmo. Les hacía repetir los gestos muchas veces, hasta que los incorporaban. También les mostraba cuadros muy gráficos, en los que aparecían negros con caracterizaciones deseables o repulsivas, según lo que quería inculcar. Alternaba lo grupal y lo individualizado.

La instrucción tenía cinco puntos: la Trinidad, la encarnación, la pasión y

muerte en cruz, la resurrección de Jesús y la resurrección universal en el juicio final. Se lo explicaba con ilustraciones, con comparaciones, con narraciones. Tenía también una lámina con un alma en llamas atormentada por los demonios. El padre explicaba que era el alma de un negro muerto sin bautismo. Por eso, debían agradecer a Dios por haberlos llevado a tierra de cristianos, donde se bautizarían, haciéndose hijos de Dios y entrarían en la Iglesia. Pero lo más sustancioso de su instrucción era sacar el crucifijo del pecho y decir cómo el Señor se había puesto en esa cruz para pagar por nuestros pecados y salvar así al género humano. Si querían ser sus hijos, les debía doler haber vivido sin conocerlo y sumidos en la idolatría, la ebriedad, la lujuria y otros pecados. Por eso, tenían que arrepentirse de corazón y pedir perdón a ese Señor. El padre repetía una y otra vez, mostrándoles el Cristo y dándose golpes de pecho: «Jesucristo, Hijo de Dios, tú eres mi padre y mi madre, yo te amo mucho, me duele en el alma haberte ofendido». «Era tanto el fervor con que decía esto, que quedaba largo tiempo en suspenso y como fuera de sí derramando con gran ternura muchas lágrimas». Los negros también se enternecían y se golpeaban el pecho. Luego, les decía que, así como la serpiente muda de piel, ellos debían arrancar de sí la idolatría y los vicios. Y mientras lo decía, hacía ademán de que se quitaba la piel de cada parte del cuerpo, «imitándolo todos en esta acción con tanto fervor que parecía que se despojaban verdaderamente de su piel y la arrancaban de sí, y la escupían en señal de que se despojaban del anti-



guo Adán y de sus pasiones y vicios, y se vestían del hombre nuevo, Cristo, y de sus virtudes, profesando la ley evangélica que Él enseñó».

Estas instrucciones las repetía muchos días, muy personalmente y les explicaba lo que es la fe y les enseñaba a hacer actos de fe. También los animaba a que tuvieran esperanza de ver a Jesús o y gozarlo en el cielo; les decía «lo que en este mundo tocaba a la esperanza con palabras tan ardientes y vivas razones que parecía que les encendiera los ánimos e inflamara sus almas con seguras esperanzas de la gloria que habían de alcanzar por medio del bautismo». Luego, los llevaba a actos de amor de Dios y les decía también «cómo por Él y por su amor se debían amar mucho unos a otros sintiendo por cualquier prójimo o compañero suyo el mismo afecto que se tenían a sí mismos». Y decía ejemplos muy concretos como compartir la comida, deponer las enemistades que tenían en su tierra o las que surgieron en el viaje, renunciar a venganzas. Y pedía que los que habían sido enemigos se perdonaran y se abrazasen, «tratándose como hermanos e hijos de Dios». Concluía diciendo que en la caridad se contenía el resumen de toda la ley de los cristianos.

No parece muy pedagógico empezar por la Trinidad, ni omitir al Creador, la creación y su espíritu, que anima todas las cosas, ya que considerar todo creación de Dios y al espíritu animándolo todo podía haber sido el lazo de unión con su religión africana. Omitir la vida de Jesús, pasando de la encarnación a la pasión no ayuda a captar el cristianismo como la religión de la hu-

manidad. Sí tiene sentido la insistencia, tan paulina, en el amor de Jesús, que reluce en la cruz, y cómo la respuesta es no crucificarlo con nuestros pecados y amarle. Él es nuestro padre y nuestra madre. Un Dios humanado y crucificado sí podía ser captado con naturalidad, por estos condenados de la tierra. El que el amor, el de Jesús y el de ellos, es decir, la relación personal por excelencia, llevara la voz cantante, tenía que emocionarles, aunque les tenía que resultar no fácilmente verificable, fuera de la actitud del padre y sus ayudantes. La situación tan extrema en la que estaban sí era propicia para un renacimiento. De este modo, tenían un lugar y una dignidad en ese mundo al que llegaban como condenados. Adquirían una interioridad, que era un modo de libertad. El que ese desconocido, que no les pedía nada sino que les daba cosas necesarias y gustosas y cariño, les dedicara tanto tiempo era la mayor buena nueva, ése era propiamente el evangelio. Ése era el sacramento de que Dios los amaba y los quería hacer sus hijos. Sin embargo, al irse el padre, todo quedaba igual de deprimente, el trato era cruel y despersonalizado. No era fácil componer el mundo del padre y su nueva cotidianidad.

### *2.2.3. Bautizo*

La ceremonia del bautizo trataba de ser lo más solemne y grata posible, pero también lo más gráfica y personalizada. De ahí, el cuadro del negro sin bautizar en el infierno y el negro hermoso, lavado por el agua del bautismo, que viene de la sangre de Cristo en cruz. De ahí, las preguntas que debía responder cada



uno: si quería ser bautizado, de quién era esa agua (de Dios), de quién quedaba hijo, recibéndola (de Dios), dónde iría con aquella agua (al cielo). «Todo encendido y llameante de amor de Dios» (dice uno de los intérpretes negros) lo bautizaba derramando el agua sobre su cabeza con un jarro de barro vidriado. Enseguida ordenaba que se le pusiera al cuello una medalla de plomo con Jesús a un lado y María al otro. «Después de haberlos bautizado a todos, se ponía de rodillas frente al altar y permanecía en oración por un largo rato, dándole gracias a Dios por los favores que le había hecho de haberse querido servir de él como instrumento para que los infieles recibieran el agua del bautismo. Abrazándolos a todos, los despedía diciéndoles que recordaran cómo eran antes de recibir el santo bautismo, porque ahora estaban en gracia de Dios, eran hijos adoptivos suyos y herederos de la gloria».

Realmente, la escena es grandiosa. Según la teología de la época, que negaba la salvación a los que estaban fuera de la Iglesia, bautizar a los infieles era lo más sublime que se podía hacer. Pero aún hoy, aunque nosotros creamos que Jesús en la pascua ha derramado el Espíritu en todos los corazones, saber todo lo que el padre explicaba, creerlo y consagrarse a ello, ¿no es también lo más grandioso que puede suceder a una persona? ¿No es comprensible que a un hombre de fe como Claver le colmara de felicidad que Dios lo hubiera elegido para que llevara a esta relación con Él a cientos de miles de personas, y precisamente a personas no tratadas como tales que, por eso estaban en trance

de despersonalizarse y que, sin embargo, eran en realidad los predilectos de Dios?

Sin embargo, hay un punto que para los negros tenía que resultar muy amargo: el que los antepasados estuvieran en el infierno. Para ellos, los ancestros son sagrados: les han dado vida, han vivido y muerto para darles lugar a ellos. Se sentían ligados a ellos, por lazos sagrados, por el espíritu. ¿Cómo podían creer que por no conocer a Jesús sin culpa suya y por no estar bautizados, estarían en el infierno? Está bien que se exalte de modo positivo la grandeza del bautismo, pero no que se denigre lo anterior. Fue el mismo problema que palpó Javier, en Japón. La diferencia es que allí eran libres, tenían voz, estaban en su casa y el misionero era huésped suyo. Por eso, pudieron expresar a Javier esa tristeza, que él no pudo remediar. Aquí, los negros no tenían voz, no podían manifestar pesar y menos desacuerdo. Además, ¿cómo hacerlo respecto de la única persona que los recibía, les daba la bienvenida, les manifestaba su amor, les aliviaba en su estado tan desesperado y les introducía en ese mundo nuevo, colocándolos en un estado de dignidad, la dignidad de los hijos de Dios?

Al día siguiente del bautizo, volvía muy de mañana y les manifestaba que, como eran hijos de Dios, debían evitar ofenderle; pero que, como eran débiles, si pecaban, tenían como remedio la confesión. Les enseñaba la manera de hacerla y les decía que no tuvieran vergüenza de decir sus pecados, porque el confesor estaba en lugar de Dios y guardaría secreto. Durante muchos días

los instruía sobre la confesión. También los días de fiesta los llevaba a la misa. «Y era tan fuerte el mal olor, que las mujeres españolas no lo podían tolerar y salían de la iglesia». Esto debía ser muy notorio, porque hay muchos testimonios al respecto.

#### *2.2.4. Despedida a los que seguían viaje hacia el sur*

Cuando sabía que algunos grupos debían viajar a otras partes, sobre todo a Perú, iba a verlos y los animaba, diciéndoles que encontrarían buenos amos, que los atenderían bien y les darían vestidos. Les insistía en que, si alguno enfermaba en el viaje, le llevaran al confesor. Les recordaba los mandamientos de Dios y de la Iglesia y les volvía a explicar que debían confesar con dolor y arrepentimiento de haber ofendido a Dios y propósito de no volver a hacerlo. Si no había sacerdote, debían hacer un acto de contrición. Era el mismo que les enseñara al comienzo. Se lo repetía hasta que lo supieran de memoria: «Jesucristo, Hijo de Dios vivo, tú eres mi padre y mi madre; yo te amo mucho, me duele en el alma haberte ofendido. Yo te amo mucho, mucho, mucho». Todo esto se lo encargaba, encareciéndoselo mucho, al negro que los dirigía. «Finalmente hablaba a los capitanes y a los dueños, pidiéndoles que por amor de Dios tuvieran mucho cuidado de ellos y les dieran regalos en el viaje. Ellos se lo prometían y el padre contaba lo referido a los negros para consolarlos y animarlos mucho. Y estando ya cercano el viaje, un día o dos antes, iba a sus casas y les llevaba tabaco y algunos otros regalos».

#### *2.2.5. Valoración de este ministerio*

Es importantísimo entender la teología de la época para comprender este ministerio, ya que el bautismo era de modo absoluto la puerta para llegar a ser hijo de Dios, y la confesión, la segunda tabla de salvación, si se había pecado después, suplida por el acto de contrición, si no había confesor. Para Pedro Claver, como para nosotros, nada es comparable a la dignidad y dicha de ser hijo de Dios y de vivir y morir como tal. Por eso, este ministerio se tomaba tan en serio, que los negros llegaban a hacerse cargo de algún modo de la grandeza a la que habían sido llamados. Él los introducía con su devoción en el misterio y ellos participaban, a su modo, de él. De ahí, la gran alegría del santo.

Pero hay que enfatizar que el que Dios nos haya hecho sus hijos era para él la mayor manifestación posible de amor. Por eso, el amor humano de Pedro Claver a los negros era el sacramento del misterio al que habían sido llamados. La verdad de este amor, su ingenio, su generosidad, su afecto, les hacía ver que ese misterio era muy real. Por eso, la fórmula del acto de contrición, recitada por él con toda el alma, era la síntesis de todo. El que él fuera para ellos realmente su padre, su madre y su hermano, les revelaba la verdad de que eran hijos de Dios. Esa profunda realidad le daba la fortaleza, la constancia, el ingenio, la ternura. El estar absorbido por esa relación con los negros, hacía que el hedor, el peligro del contagio y la fatiga no hicieran mella en él. También consta que esta actitud impresionaba, no sólo a los vecinos de Cartagena, especialmente a los curas y a los oficiales reales,

sino también a los que tenían a cargo a los negros: los dueños y capitanes.

### **2.3. Atención integral a los negros residentes en la ciudad**

El segundo ministerio con los negros tenía que ver con la perseverancia de los ya bautizados, que vivían en la ciudad y en sus alrededores. A los primeros se dedicaba diariamente, pero de modo muy particular en la cuaresma, y a los segundos atendía durante varios meses, después de la pascua. El resultado de este apostolado, según un sacerdote cartagenero que conoció al padre desde que tuvo uso de razón, es que «la experiencia ha demostrado que todos han perseverado en la fe primera que les enseñó, cuidadosos de asistir a misa y de visitar los templos y ejercer la caridad. En particular tienen devoción de mandar decir misas por sus difuntos».

#### *2.3.1. Dedicación a oírles en confesión*

Los textos sobre la atención en la cuaresma son muy abundantes. Lo que hacía todos los días era confesar, desde que se abría la iglesia hasta las diez, los días laborables, y hasta las once, los domingos y fiestas. Entonces decía misa, la última misa, para dar oportunidad a los que estaban ocupados. Muchas veces, estaba tan abstraído en este ministerio que había que llamarlo para que fuera a decir la misa. Después de la acción de gracias, seguía confesando, hasta que se cerraba la iglesia, y luego, a las dos, cuando se abría, seguía hasta las seis de la tarde. De día, confesaba sobre todo a negras, y en una sala de

recibir, a los negros, hasta las nueve de la noche, hora en que se cerraba el colegio. En la capilla, cerca de su confesionario, tenía cuadros devotos del infierno, el purgatorio y el cielo, y también de la pasión, incluida la crucifixión. El padre hacía pláticas fervorosas con los tres primeros cuadros, tanto que «no sólo alzaban las voces conmovidos por la fuerza del dolor que sentían y por lo que el padre les decía, sino que también elevaban las manos, como queriendo pedir perdón y misericordia al cielo». Por último, se arrodillaba, y todos con él, «y les hacía un acto de contrición muy fervoroso. El modo como lo decía era ya suficiente para mover a contrición y dolor a los corazones más duros y empedernidos. A este acto, si bien el padre lo hacía sólo para los negros y negras de los que tenía especial cuidado, se acercaban para oírlo este testigo y muchas otras personas españolas».

Como la iglesia era muy húmeda por la cercanía del mar, ponía una tarima y tablas con esteras para que se sentaran mientras esperaban, y como se ensuciaban, él y los intérpretes las lavaban con frecuencia. A los viejitos y enfermos, él mismo les ayudaba a ir al confesionario y luego al altar, y a ellos y a las que tenían que irse donde sus amas, les daba la comunión y después, remedios, galletas, plantas aromáticas y un traguito de vino, para que se repusieran y no desfallecieran por el camino.

Los testigos insisten mucho en la cálida humanidad con que los acogía, tanto que siempre recurrían a él. Por la noche, se quedaba tan extenuado que tenían que llevarlo cargado a hombros al comedor. Allí comía plátano asado y

pan untado en vino aguado, y dice uno de los intérpretes, que «comía tan poco que casi todo lo daba a este testigo que lo acompañaba». Cuando estaba muy cansado, pedía que le echaran unas gotas de vino en un pañuelo y lo olía de vez en cuando. Sin embargo, algunas veces, llegó a desmayarse en el confesionario.

### *2.3.2. Misa y procesión, en los días de fiesta*

Los domingos y días de fiesta, por la tarde, salía con un bastón rematado por un crucifijo y con una campanilla, que hacía sonar convocando a los negros. Se formaba una gran procesión. Iban por las calles, cantando las oraciones. Precedía un estandarte rojo. También enviaba a los intérpretes a reunirlos. El punto de concentración era la plaza de la Yerba, que era donde ellos se reunían. Allí, se subía a una tarima, les preguntaba el catecismo y les daba regalos a los que mejor contestaban. Luego, dos intérpretes lo recitaban todo, preguntando y respondiendo. Seguidamente, él les explicaba algunos puntos, que veía no entendían y les hacía una exhortación «más con fervor y devoción que con abundancia de razones y palabras». Luego, regresaban a la iglesia, cantando oraciones. Allí, «estando todos arrodillados y el padre Claver en medio de ellos, con voz tierna y afligida, les hacía recitar el acto de contrición. Luego los despedía».

En la mañana, ya dijimos que enviaba a los intérpretes a buscarlos para la misa de once. «A veces eran tan numerosos que no cabían en la iglesia y era tanto el mal olor que exhalaban, que a veces vio este testigo cómo algunas

damas españolas salían huyendo de la iglesia; pero este olor era para el padre Claver de flores y rosas».

### *2.3.3. Valoración de este ministerio*

Sin duda que en este proceder del padre pesaba mucho el que tenían que cumplir con el precepto de la Iglesia de confesar y comulgar. Pero el modo como lo hacía nada tenía de convencional. Él trataba realmente de que los negros y negras sintieran el amor de Dios y, al sentirlo, se dolieran por lo que le habían ofendido y procuraran de veras una conversión sincera. Él quería inculcarles ese amor de Dios, que reluce sobre todo en su pasión. Sabía que ese proceso les dignificaba, les enaltecía. Quería, por todos los medios, que se vieran a sí mismos como hijos e hijas de Dios. Por eso, los recibía con un amor infatigable. Por ese ardiente deseo, es verdad que su olor, por ser suyo, de sus hijos y hermanos, era de rosas. Por eso, salía a buscarlos y ellos se dejaban encontrar y respondían a su solicitud. Esa dignidad les daba derecho a estar con los españoles, que en la iglesia no eran sus amos, sino sus hermanos. Ocupar ese espacio sagrado tenía que darles inmensa satisfacción. Claro que hubieran deseado que todos se quedaran; pero el hecho de que las mujeres tuvieran que salir expresaba también que reconocían su derecho a ocupar ese espacio. Esto se debía al ministerio de Pedro Claver. Experimentaban en él el amor maternal de Papa-Dios como fuente de reconocimiento social.

La ternura que perfumaba ese reconocimiento se percibía en los obsequios que tenía para ellos en el confesionario. Sólo un hombre santo podía llegar a

comprender que esos regalos no sólo no profanaban el sagrado tribunal de la confesión, sino que eran la equivalencia más exacta del banquete que celebró el Padre, tras la vuelta del hijo pródigo. Éstos también venían de lejos, pero no por haber dilapidado la herencia divina, sino porque nadie se las había revelado. Venían de sufrir el oprobio de la esclavitud de manos de quienes se profesaban cristianos.

Relucía tanto esta calidad trascendente, que también algunos españoles, movidos a devoción, seguían el acto de contrición, en la capilla contigua al confesionario. Lo acompañaban los domingos a la tarde en la procesión con los negros, y aceptaban esperar muchísimo tiempo para llegar a confesarse con él. Aguantaban el mal olor por asistir a esas misas, o se salían sin protestar, cuando no podían aguantarlo.

Esta ternura llegaba al colmo en el caso de los enfermos impedidos, a quienes mandaba a buscar, en sillas de manos. Luego él mismo ayudaba con todo cariño a acomodarlos en la iglesia y a acercarse al comulgatorio, después de haberlos confesado. Y antes de devolverlos a sus casas, les obsequiaba con remedios, comida y golosinas, sin que faltara un sorbo de vino. Estos enfermos, tratados como señores, ¿cómo no iban a experimentar en Claver la misericordia y la ternura de Dios?

Dos aspectos me parecen especialmente dignos de notarse: la ocupación de los espacios públicos (calles y plazas) por parte de los esclavos y la atención personalizada de las confesiones. Lo primero es una especie de reivindicación. Los invisibles, los que tenían que

ceder el paso a todos, los que pasaban por esos lugares en oficios estimados como viles, iban marchando por calles y plazas, con la frente en alto, llenando todo el espacio, sin hacer ningún trabajo, sino por devoción. Lo segundo es, en la práctica, lo mismo: aquellos que servían impersonalmente, que atendían a otros de abajo arriba, eran atendidos, preferidos, mimados por una persona que gozaba de gran autoridad. Esto les tenía que colmar de satisfacción. Tenían que entrever que el cristianismo era, en realidad, trascendente.

Esta relación personalizada llevaba a Claver a ver el estado de cada uno y a no contentarse con el cumplimiento formal del precepto, sino a emprender un proceso tal que llevara a la auténtica conversión. Por eso a los de vida desordenada no los absolvía durante la cuaresma, sino en la semana santa, después de haber constatado que los sermones y demás ejercicios de piedad les habían tocado el corazón.

## **2.4. Misión en pascua por las haciendas**

La pascua la reservaba para ir por las haciendas para que los esclavos pudieran cumplir con la confesión y comunión anual. Era época de lluvias y clima muy insano, a veces no había camino e iba con el fango hasta la rodilla. A los pueblos iba a caballo, acompañado por un intérprete. Llevaba licencias para confesar, decir misa y casar.

En las haciendas, le ofrecían una habitación de señores y él lograba que le dieran la peor de los negros o, más frecuentemente, la que ellos desecha-

ban. Por lo general, estaba muy sucia y con ratas y murciélagos. Él ayudaba a limpiarlo todo y se quedaba en ella. No dormía en la cama que le ponían, sino en una estera. Estaba confesando hasta las once, hora en que decía la misa, para dar lugar a que asistieran los vecinos. Luego, se retiraba a su habitación. Uno de los hacendados decía que tenía que ir a llamarlo para comer: «muchas veces lo encontraba tan elevado, con la cara mirando al cielo y el misal abierto en la pasión que, si bien se le acercaba para verlo y llamarlo, el padre no se percataba ni se movía hasta que este testigo le hablaba diciéndole que viniera a comer, que era tarde. Entonces no se excusaba, antes con mucha modestia se mostraba obediente, y doblando la hoja del misal se iba con este testigo». Sólo comía un trozo de carne salada y arepa o casabe, y por la noche, plátano asado y agua. Las demás cosas que había en la mesa, las tomaba para dárselas a los esclavos. Y si le regalaban huevos o pollos, los aceptaba y, o se los daba al más pobre o mandaba prepararlos para los enfermos. Por la tarde, predicaba, catequizaba y confesaba. El intérprete declara que se lo comían los mosquitos, y que le insistía que los matara y él le respondió «que más bien le hacían un favor pues le extraían la mala sangre».

Quiero destacar la insólita libertad espiritual para colocarse de forma tan decidida en el mundo de los esclavos, pues comía lo que comían ellos y disponía de la comida de los señores para dárselo a ellos. Y más todavía, para dedicarles a ellos, en la práctica, todo su tiempo, porque a los señores y, más en general, a los vecinos, sólo les dedi-

caba la misa y la confesión y, si lo instaban demasiado, un momento en la mesa, ya que enseguida se levantaba diciendo que tenía que ocuparse del negocio de los negros. Uno piensa lo que tendrían que resentirse los amos. Pero los testimonios de que disponemos indican que, más bien, se quedaban muy edificadas porque lo interpretaban como extrema humildad, y en el fondo, como si no estuviera en las cosas del mundo, sino exclusivamente en las de Jesucristo, cosa que era cierta.

Como no comía hasta pasado el mediodía y lo hacía tan parcamente, y como seguía en su ministerio hasta muy de noche, alguna vez se desmayó, pero al volver en sí, no aceptó ningún reposo, ni regalo, y siguió en lo que estaba haciendo.

Atestigua su médico que «su mayor recreación y alegría era después de Pascua de Resurrección ir fuera de esta ciudad a las poblaciones de los negros». Éste fue su apostolado más duro, tanto que al regresar de uno de esos viajes, vino ya con la enfermedad de la que murió. Sin embargo, su instinto evangélico le hacía ver que lo más cercano a Jesús era ir en busca de los pobres para llevarles la única riqueza que tenía: Dios y Jesús como Padre materno y hermano misericordiosísimo. Les acercaba a Dios y a Jesús y les movía a corresponderles. Lo lograba, no sólo con sus fervorosas exhortaciones, sino sobre todo entregando, como Pablo, su propia persona junto con el evangelio. Su solicitud humilde, generosa, tierna, dedicada y fuerte era la certificación humana de que Dios y su Hijo se les entregaban de veras. El que viviera en



su mundo y no en el de los amos, el que les hiciera saber a éstos que lo suyo era el negocio de los negros, el que les concediera a los de arriba el menor tiempo posible y se lo prodigara a ellos, el que comiera lo de ellos y les diera a ellos lo de los blancos, el que el enviado de Dios fuera de ellos, tenía que dejarlos gratificados, dignificados, confortados.

## **2.5. El escándalo de dar la comunión fácilmente a los negros**

Quiero insistir en un aspecto muy significativo de su certero instinto evangélico. Dice el hermano Nicolás: «También observó este testigo que el padre Pedro Claver que con su gran devoción y fervor fue, no obstante, poco escrupuloso en dar licencia para que cualquier clase de personas comulgara, tanto españoles como negros e indios, cuando encontraba en ellas una capacidad mediana para poderla recibir. Exhortaba a todos generalmente a la frecuencia de la comunión, instruyendo con mucha diligencia a aquellos que no estaban aún dispuestos para recibir este Venerable Sacramento. Y tenía tan poco escrúpulo en esto que algunas veces era criticado por la mucha facilidad en conceder esta autorización a las personas, tanto negras como indias. Y respondía con toda mansedumbre, modestia y particular humildad, a algunos religiosos de nuestra Compañía y a otros de fuera, religiosos y seglares, contándoles la parábola del Evangelio de aquel rey que hizo el convite esplendoroso y habiéndose excusado algunos, ordenó a los sirvientes que condujeran al convite a los ciegos, locos y lisiados. Y añadía

que adivinaran a quiénes se refería: a los pobres negros, esclavos y abandonados de esta ciudad».

El conceder con facilidad la comunión a negros e indios fue criticado tanto por los de su comunidad como por otros religiosos y seglares. Él respondía con la parábola del banquete y la aplicaba sin titubear a los esclavos y abandonados de Cartagena. Dar la comunión a indios fue una decisión de los primeros jesuitas que Acosta tuvo que defender hasta plantearla al mismo Papa que confirmó su derecho. Sin embargo, en una sociedad de castas, donde la comunión frecuente era para las almas selectas, no podía aceptarse que entre ellas se contarán los esclavos. Si los ellos son tan selectos, ¿qué argumento se puede esgrimir para que sean esclavos? Lo que es selecto para el Dios de Jesús no coincide con la jerarquía social. Eso en una mentalidad de cristiandad es muy difícil de tragar. Pero, puesto el argumento por un hombre santo, no es fácil de rebatir.

Dar la comunión a los negros es el símbolo más delicado de lo inasimilable de la actitud evangélica de Pedro Claver. Nadie que lo viera preparándolos para la confesión y comunión podría acusarlo de ligereza. Más bien, tendría que reconocer que ellos no se preparaban tan fervorosamente. El problema de fondo es por qué gastar pólvora en zamuros, por qué dedicar un esfuerzo tan cualitativo a los que no tenían calidad, en vez de emplearlo en sujetos más respetables. Éste es el problema de fondo, que no era fácil plantear, ya que Claver respondía con el puro evangelio: el de la predilección de Dios y Jesús por los pobres.

### 3. DEDICACIÓN A LOS ENFERMOS

---

La segunda dedicación asidua de Pedro Claver, a la que en parte ya nos hemos referido, son los enfermos. La mayor parte de ellos eran, obviamente, negros por ser los más abandonados, los que soportaban trabajos más duros y en condiciones de vida menos sanas. Pero también había españoles pobres, y también se enfermaban los que estaban en buena posición.

A los hospitales, sin embargo, sólo iban los pobres o, a lo más, gente del pueblo. Al Hospital de San Lázaro debían ir por ley todos los leprosos, aunque los de buena posición, si por excepción se enfermaban, se recluían en alguna dependencia aislada de su mansión o en una hacienda de su propiedad. Hablaremos, pues, de la atención al Hospital de San Sebastián, llevado por los hermanos de san Juan de Dios, al de San Lázaro para leprosos, y de la atención a enfermos, que yacían en cuartuchos aislados, o a esclavos, que vivían en casa de sus amos o a los propios amos.

#### **3.1. Servicio en el Hospital de San Sebastián**

##### *3.1.1. Servía como un religioso más de san Juan de Dios*

De la comunidad de san Juan de Dios, dice el hermano Nicolás, que eran «sus más dilectos amigos», «Era muy singular el amor y afecto que mostraba a los religiosos de San Juan de Dios, hablándoles muy amorosamente y abrazándolos con grandísima humildad y sumisión donde los veía o encontraba, movido sólo por la gran caridad que ejercían con los enfermos». El prior le



llamába «general amparo de este Hospital», y por eso dice que la comunidad en pleno asistió a su funeral, «sin llamada ni invitación, por el gran afecto y lo mucho que estimaban al padre». Otro religioso dice que cuando estaba fuera de la ciudad de misión lo «sentían mucho, tanto los religiosos de este Hospital como los pobres; porque era consuelo de todos, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Y cuando regresaba [...] era recibido por todos con general alegría y aplauso; y él venía muy contento a su centro que era este Hospital». Otro dice que a la hora de la comida o la cena servía como un religioso más de san Juan de Dios, obedeciendo puntualmente al que comandaba la operación. Sobre todo, los religiosos le agradecían cuando venía la armada, porque entonces los enfermos podían llegar hasta novecientos y ellos no daban abasto. «En esos tiempos el padre venía a ayudar, no sólo a repartirles la comida, confesarles, administrarles los sacramentos y darles la Extrema Unción, sino también a desempeñar los otros oficios de tenderles las camas y demás».

Atendía especialmente a los más enfermos y a los de enfermedades más repugnantes y contagiosas. Los religiosos se impresionaban de que no tenía ningún miedo al contagio, ni daba muestra de repugnancia. Dicen que se veía que lo hacía con gusto, con amor misericordioso y tierno, como «un hombre muy tocado de la mano de Dios».

Más aún, no parecía cansarse y eso que nunca comía ni bebía nada, a pesar del trajín tan excesivo y el calor tan intolerable que hacía. Dicen que «todo lo encaminaba a que se dirigieran a

Dios de todo corazón». «Y es cierto —dice otro— que fue grande el fruto que recogió en servicio de Dios Nuestro Señor, reduciendo muchas almas a su santo servicio con el ejemplo de su santa vida y con saludables consejos».

### *3.1.2. Cuidado de los cuerpos y de los ánimos*

Pero también observan lo cuidadoso que era en la atención a sus cuerpos, cuidando que estuvieran cómodos y limpios y que hicieran todo lo posible por sanarse. Hay muchos testimonios sobre remedios que él mandaba y sobre su tenacidad en atender hasta que salían del peligro, o su conocimiento de cuándo la enfermedad era mortal. El médico más afamado y asiduo al hospital dice al respecto que, a veces, daba por desahuciado a un enfermo, «y sin pena pedía al padre que dijera su paternidad lo que juzgaba. Muchísimas veces decía el padre a este testigo que asistiera tal y tal enfermo, y que aplicara los remedios posibles; que mientras tenía el alma en el cuerpo era contrario a la caridad dejar de aplicar remedios; y notó este testigo que los enfermos por los que decía esto se sanaban y se levantaban sanos. Y tiene por cierto que fue cosa sobrenatural el sanar a muchos de los enfermos». Más aún, añade que «tenía tanta confianza en el padre, que tenía por cierto que nada les podía dar que no fuese saludable para los enfermos por la mucha caridad y amor de Dios con que lo hacía». Es cierto que observaciones que él hace sobre los síntomas, aún hoy parecen congruentes. Así, pues, tenía una atención muy pormenorizada al estado del enfermo.

También se cuidaba, más aún si cabe, de su estado de ánimo. Tenía gran capacidad para consolar y animar. En esto empleaba muchísimas horas. Parece congruente que esta actitud contribuiría mucho a que los enfermos cobrasen ánimo y sanaran. Los religiosos notan ese contraste: que él toleraba los malos olores con toda fortaleza como si fuera de bronce, y «al mismo tiempo era muy compasivo con los enfermos y se dolía mucho de ellos cuando le decían que los molestaba algún mal olor. Para confortarlos y refrescarlos les ungía las narices y las muñecas con vinagre disuelto en agua». Lo mismo dicen cuando alguien estaba impedido de comer: «le daba los bocados con sus mismas manos sin escrúpulo ni náusea alguna, antes mostrando en eso gran caridad y fraternal amor». Parecería que, al estar volcado en las personas, no le quedaba atención para reparar en cómo le afectaba a él el estado físico en que se encontraban.

No sólo iba él. Siendo maestro de novicios de los hermanos jesuitas, dos veces a la semana iba con todos ellos, escoba en mano, al hospital, para tender las camas, barrer las salas, distribuir las comidas y limpiar los platos, además de lo que él hacía como sacerdote: confesar, llevar los óleos y consolar a los enfermos.

### *3.1.3. Trasunto del amor gratuito y personalizado de Dios*

Quiero insistir que lo que sostiene esta tenaz energía es la atención integral al enfermo. Para él, el objetivo último era que el enfermo llevara la enfermedad como buen hijo de Dios, que se sirviera

de ella para progresar en las virtudes y vencer los vicios y, si es caso, que muriera como verdadero cristiano. Pero como esto lo hacía por amor al enfermo, porque sabía que en eso consistía su bien definitivo, ese amor relucía en todo: en su actuación de diligente enfermero para curar su enfermedad y en su atención personalizada. Como la enfermedad, si era contagiosa o repugnante, solía retraer a los demás y aislar al enfermo, él mostraba que le interesaba la persona, venciendo la repugnancia y la prevención, y volcándose sobre el que estaba necesitado, no sólo de alivio, sino de cercanía humana.

Los enfermos percibían que sólo quería su bien. Por eso, cuando les hablaba de Dios o les proponía la confesión, comprendían que eso también lo hacía por su bien. Era claro que no les proponía la confesión para cumplir con su oficio, como también lo era que no se empeñaba tanto en hacer méritos, buscando su propio provecho y perfección. Todos notaban la alegría del encuentro, la entrega personal a ellos. Así, Pedro Claver era para ellos el trasunto de ese amor de Dios de que les hablaba y de ese Cristo que les predicaba y con el que buscaba ponerlos en contacto. En esto consistía la calidad evangélica de su dedicación a los hospitales y, en general, a los enfermos.

Esa caridad como expresión de trascendencia fue lo que vieron los piratas ingleses capturados o los moros en estado de semiservidumbre; y por eso, a pesar de su contumacia, acabaron rindiéndose a ella y convirtiéndose, «por los consejos y santas exhortaciones del padre, y por la humildad con que lo

asistió en su enfermedad». También se convirtieron, por lo mismo, pecadores públicos y gente que hacía muchos años había dejado el sacerdocio y la consagración religiosa.

## **3.2. Atención integral a los leprosos**

### *3.2.1. Padre y madre de todos y de cada uno*

Pero su dedicación era mayor aún al Hospital de San Lázaro, ya que el de San Sebastián tenía una comunidad muy celosa, que sí velaba por él, mientras que los leprosos estaban mucho más desasistidos. Un religioso de la Merced decía que «si no hubiera sido por el padre Pedro Claver, se habrían muerto aquellos pobres». Respecto de este Hospital, se cuidaba de la comida, de las medicinas, de las instalaciones, de limpiarlos y darles remedios, y más aún de acompañarlos, de quererlos y consolarlos, así como también de velar por su cercanía a Dios y salud espiritual y, finalmente, de ofrecerles unas exequias dignas y encomendar su alma. Era tanta su solicitud que, el limosnero del hospital, que era un enfermo del hospital, decía que «venía todos los días a este Colegio por orden del mismo padre y le daba cuenta del estado de los enfermos; y el padre le daba algo para llevar, así vestidos como medicamentos; y les enviaba lo que pedían. Si alguien tenía necesidad de confesarse, al primer aviso de aquel limosnero, iba de inmediato a escucharle». Así, pues, «no era sólo procurador y maestro de casa del hospital, sino también cura y pastor de él». Además, les hizo una

iglesia de piedra y consiguió toldillos para cada uno, para que no les molestaran los mosquitos y pudieran dormir bien. Era tal la estima que sentían por el padre que, cuando murió, declararon «que si hubieran muerto sus padres y madres no les causaría tanta pena como les causaba la pérdida del padre Pedro Claver; y que estaban muy dolidos y afligidos por una pérdida tan grande como la del padre, que era padre y madre de todos y de cada uno en particular».

Al llegar, le salían al encuentro y él iba abrazando a cada uno. Congregados todos, puestos con la mayor comodidad posible y él en medio, hacía la señal de la cruz y recitaba con ellos las oraciones. «Enseguida les exhortaba a tener paciencia y a conformarse con la voluntad de Dios. Y para que esto fuera de gran mérito ante Nuestro Señor, les decía que convenía estar siempre en su divina gracia y amistad, amándose los unos a los otros como hermanos e hijos de Dios y absteniéndose de juramentos y de todo pecado y ofensa a Dios». Luego, les hacía un acto de contrición muy fervoroso del que todos participaban. A continuación, confesaba a los que querían y, para acabar, distribuía lo que había traído para ellos.

Luego iba a los bohíos de los más llagados e impedidos, y en primer lugar, los consolaba con su cercanía humana, luego les arreglaba la cama, levantándolos y aliviándolos lo mejor que podía y, finalmente, si lo deseaban, les confesaba. Todos insisten que atendía particularmente a los que, por causar hedor y horror a los demás, estaban desamparados. Con ellos estaba mucho tiempo,

tocándolos, curándolos y dándoles de comer con su mano, sin ningún temor al contagio. Por lo cual los enfermos decían «que el padre no era hombre de este mundo sino del cielo». Esa misma admiración causaba a los religiosos que lo acompañaban de ordinario y a los seglares que lo hacían eventualmente y regresaban impresionadísimos y muy edificadas. Cuando un vecino le decía que podía caer enfermo, el padre «se reía mucho de eso». Todos coinciden que iba «muy alegre y contento». Un mendigo, que se recluyó en el hospital un tiempo, dice que «el padre mostraba tanta alegría y satisfacción cuando los abrazaba como si estuviera en los más grandes entretenimientos del mundo». Dice que «con gran amor el padre con sus manos consagradas les limpiaba las babas y les hacía sacar la lengua y les limpiaba el humor y las costras que tenían en ella, cosa que hacía maravillar a este testigo. Se extrañó aún más al ver que, arrodillado, con su boca y lengua les lamia las llagas de sus pies y los besaba».

### *3.2.2. Su cercanía les hacía sentirse humanos*

El leproso, en todas las culturas, es el intocable por antonomasia. Por eso, es normal que lo que más sientan sea el aislamiento, el desamparo. Este puede derivar, muy fácilmente, en la pérdida de autoestima, esperanza y respeto, y en la entrega a las pulsiones más elementales, sean de autodestrucción, de resentimiento o de erotización. Por eso, con certero instinto, Claver buscaba que vivieran desde su estatuto de hijos de Dios y que, al relacionarse con Dios,

encontraran compañía y, desde ella, pudieran relacionarse entre sí como hermanos. Al mantener el respeto, también podían mantener la esperanza y hacer por curarse.

La cercanía cordial y espontánea del padre les hacía sentirse humanos. Así podían aceptar la invitación a la paciencia como un modo de dignidad. Podían llegar a aceptar que Dios no era el autor de su enfermedad, sino su compañía en ella. Es cierto que uno no se imagina a Jesús lamiendo las llagas de un enfermo, pero también es cierto que tocó al leproso. El que Claver no se contagiara es señal de que esa relación nada tenía de morbosa, sino que era cercanía maternal, como lo apreciaban los enfermos.

## **3.3. Cuidado de los enfermos particulares**

### *3.3.1. Una relación mutua*

Respecto a enfermos particulares abundan los casos en los testimonios. Lo que dicen generalmente es que, si le avisaban de algún enfermo o lisiado, en especial si eran negros o negras incurables, los visitaba con regularidad, llevaba comida y vestidos, se interesaba por su salud y les daba remedios, los consolaba, los confesaba y, si era inminente el peligro, les ungía con los óleos. No sólo eso, sino que también «entraba a una de las casas vecinas y pedía a los dueños que por amor de Dios tuvieran cuidado del enfermo y no se olvidaran de él, enviándole algo y visitándolo de vez en cuando; que Dios se lo pagaría». Incluso lograba que personas piadosas tuvieran algún enfermo en sus casas

para atenderlo. Por ejemplo, cuenta un testigo de una negra libre que tenía a otra «de caridad por orden y ruegos del padre». La tuvo así seis años. Ella cuenta la última hora de la enferma. Después de haber ido varias veces el padre, le dijo el día que iba a morir. Llegado el momento, le dijo a la enferma: «Madre Ursula, mucho la ama Dios y por eso la quiere llevar a descansar y hoy debe morir, y no tiene que quedarse en el purgatorio más de tres horas. Acuérdeselo mucho cuando se vea ante Dios en la gloria de rogar por mí y por esta mujer [...] a quien le es tan deudora porque ha hecho por usted más que si fuese su madre».

Algo parecido cuenta otro testigo, que le llamó para que visitara a su padre que estaba desahuciado. Como pasó más de hora y media de estar a solas con el padre, quiso ver qué pasaba y llegándose por otro cuarto contiguo se puso detrás del pabellón de su cama y lo mismo hizo su madre. «Vieron que el padre se arrodilló frente a la cama, y con las manos sobre ella le pidió que por amor de Dios le diese su palabra de encomendarlo a Su Divina Majestad cuando lo viese en el cielo, porque al día siguiente había de morir [...] Y el enfermo le dio palabra de hacer lo que le pedía; y entonces el padre le pidió que lo abrazara en señal de lo que prometía, y el enfermo lo abrazó». La mamá del testigo comenzó a llorar y él la consoló diciendo que lo que habían visto debía ser motivo de gran alegría. La escena muestra conmovedoramente lo que venimos diciendo: la relación del padre con los enfermos es una relación mutua y mira como horizonte último a

la condición de hijos de Dios y al encuentro definitivo con Él. Llevar al enfermo a que anhelara ese encuentro, felicitarse por él y pedirle que no lo olvidara, en ese encuentro tan gratificante, era convertir la muerte en tránsito a mejor vida. ¿Qué más se puede hacer por un enfermo? ¿Qué más se puede hacer para que el enfermo viva la muerte como culminación de la vida? Si la muerte tiende a ser experimentada como fin de esta vida y como soledad en el fin, ¿qué mejor antídoto y superación que una conversación así? No puede estar más claro que atender al enfermo no era para Claver hacer un sacrificio por Dios, sino la relación más cristiana y humanizante posible.

Esto mismo se ve en el modo como entraba a visitar a los enfermos más repugnantes e incurables, como el caso de una negra, que describe de forma pormenorizada el hermano Nicolás: «Aquí hay mucha paciencia y hay mucho sufrimiento por amor de Dios. Yo me encuentro muy necesitado de esas virtudes y vengo a buscarlas en este lugar y a aprenderlas. Enséñame, enséñame—le decía— porque vengo para aprender de ti». El que supuestamente viene a dar, manifiesta que viene a recibir, con lo que el paciente se convierte en dador. Claro está que, en seguida, sacaba el Cristo de bronce y se lo daba a besar para que aprendiera a tener la paciencia del crucificado, que sufría sin culpa y por él, y también le traía lo que necesitara, así como regalos, y lo consolaba. Pero también era cierto que el padre venía a aprender. Él robustecía en el enfermo esa actitud que aprendía, pero también el padre aprendía del en-

fermo. La relación era mutua, era humanísima, era gratuita, y por eso, no humillaba, sino que enaltecía.

### *3.3.2. El triunfo del amor sobre la propia debilidad*

Los testimonios abundan en cómo el padre parecía insensible a lo repugnante. El secreto está en lo que decía a una intérprete: «muchas veces le decía a esta testigo que no tuviera náusea, pues eran nuestros prójimos». Sin embargo, hay un testimonio en el cual aparece que el padre no era de bronce, pero su determinación de hacerse prójimo del que lo necesitara era tan firme que no iba a tolerar nada en él que lo apartara de ella que fuera obstáculo para esa relación. El triunfo del amor sobre la propia debilidad es, a veces, de un dramatismo que sobrecoge: «Habiéndose enfermado una negra esclava, llamada Rufina, de muchas viruelas que causaban horror y náusea por la mucha materia y mal olor, vino el venerable padre a consolarla; sintió náusea por el mal olor de la materia y dijo: ‘Cuerpo, ¿te disgusta? Pues ahora lo pagarás’. Y ordenó que le juntaran en una escudilla todas las materias que despedía la dicha en-

ferma y habiéndolo hecho así, se acercó de nuevo el venerable padre a verla, limpiándola y enjugando la materia. Y toda la escudilla en la cual había sido puesta esa materia se la tomó, causando terror y maravilla a todos los presentes».

Se refieren varios testimonios de lo infatigable que era, visitando a negros enfermos, «en especial cuando había alguna epidemia de viruela en esta ciudad, que cansaba a tres o cuatro hermanos compañeros. Por eso regresaba al Colegio y dejaba al primer compañero que no podía caminar más ni moverse, y se llevaba a otro, y de esta manera cambiaba tres o cuatro compañeros cada día y él se mostraba tan incansable». Dos testigos que le acompañaron cuentan un caso que revela la manera tan delicada, eficaz e integral como atendía a los enfermos contagiosos.

También se cuentan varios casos en los cuales acudía sin ser llamado para atender a enfermos de extrema gravedad, desahuciados; él entonces decía que el enfermo no moriría y en efecto, sanaba. Y se acercaba a otros para ayudarles a bien morir. El interés por los demás provee de antenas excepcionales.

## 4. ATENCIÓN INTEGRAL A LOS PRESOS Y CONDENADOS A MUERTE

---

Un tercer campo de acción, también muy extremo, en el cual Pedro Claver desbordaba su celo y en el que se ve su fecundidad apostólica es la atención a las cárceles y, en particular, a los condenados a muerte.

### 4.1. Disponibilidad en orden a la rehabilitación

No pasaba semana que no fuera a visitarlos. Como sucedía con los enfermos, les llevaba diversos regalos, los escuchaba todo lo que querían hablar, le contaban sus casos. Si le pedían que hiciera alguna diligencia, él la hacía puntualmente, insistiendo a los abogados defensores que no omitieran ninguna cosa, «que patrocinaran las causas de esos pobres presos». Confesaba a los que querían hacerlo, exhortándolos a ello. Luego, los reunía a todos y «les decía que era mejor pagar en esta vida las penas de los pecados que cometemos, que pagarlas en el infierno donde no hay fin ni término. Y para terminar, sacaba el crucifijo de bronce [...] y les decía que el remedio de todos sus afanes se en-

contraba en aquel Señor crucificado. Y para que quedaran más consolados y dispuestos a soportar con paciencia los afanes, les hacía recitar un acto de contrición muy fervoroso [...] Al despedirse, les decía que cualquiera que lo necesitara a cualquier hora lo mandara llamar, que lo asistiría con mucho gusto y puntualmente lo atendería». A los que estaban en celdas de castigo, los visitaba durante mucho tiempo, consolándolos.

Como vemos, también aquí la relación es realista, humana, integral. Ante todo, los insta «a soportar con paciencia su encierro». Luego, los escucha, ya que el condenado tiene su versión de lo sucedido y quiere darla a quien juzga imparcial y humano. En este punto, el condenado no espera respuestas, sino sólo



que la escucha sea real. Después vendría el ayudar al que crea que todavía se puede hacer algo por él , y consolar a todos con palabras y con obsequios.

Los que están en la cárcel, bastante castigo tenían con estar allí; por eso, el que se les tratara humanamente y no como monstruos es fundamental para evitar que llegasen a serlo o para lograr que dejasen de serlo. Luego, la propuesta de la confesión. Este acto es crucial para el preso: confesar la verdad ante Dios. Solo confesándola, podía darse la reconciliación de uno consigo mismo y la rehabilitación personal. El presentar a los condenados al Condenado tiene un significado muy especial: él les podía comprender y con él se podían desahogar. Para los que están encerrados, saber que pueden disponer de una persona que está libre es muchísimo, es un sacramento de dignidad, reconocimiento y esperanza. Por eso, la despedida de Claver fue tan significativa.

## **4.2. La oportunidad de redefinir definitivamente su vida**

La atención al condenado a muerte condensa con la mayor fuerza posible todo lo dicho hasta ahora. Toda la relación con él iba encaminada a que olvidara toda su vida pasada y todo lo que hay exterior a él y se concentrara en ese momento supremo. Le insistía en que «el camino que debía recorrer era muy largo y el tiempo muy corto, que así era necesario animarse con el incentivo de la consideración, y hacer muchos actos de verdadera contrición». Le ponía en la mano un crucifijo con el Cristo pintado y le decía: «Este es el madero con el que

has de huir de esta gran borrasca y no tienes otro remedio para librarte de ella que abrazarte a esta cruz, no perderla de tu vista y abrazarte a ella pues allí está tu salvación». Llevaba, pues, al condenado a que hiciera del morir el acto que definiera su vida. Por eso, debía olvidarse de todo y concentrarse en ese paso. No debía vivir su muerte como víctima, poseído por el terror, el abatimiento y la malevolencia con la sociedad que iba a acabar con su vida. Él tenía la oportunidad de definir su muerte y así rectificar y sellar toda su vida. Por eso, le ponía en la mano, como compañero, a otro ajusticiado, que vivió el suplicio como su acción más consumada. Jesús consumó su vida, él debía rectificarla. Para eso murió Jesús. Y para eso estaba el padre a su disposición todo el tiempo, hasta que muriera.

Él tenía la oportunidad, que no tiene casi nadie, de definir su vida. Por eso, le decía el padre sin ironía: «Tienes suerte, hermanito mío, de saber el día en el cual debes morir. No te queda otra cosa que tener buen ánimo». Por eso, le decía también a él, como a los agonizantes: «Afortunado sería yo si me llevaras contigo». Él quería vivir el último momento con esa capacidad de decidir, que se le había ofrecido al condenado. Todo el empeño de Claver es que ésta fuera la clave del tránsito y que el condenado la hiciera suya. Este planteamiento es en realidad, grandioso. El presupuesto es que el crimen no define al criminal. Dios le da realmente la oportunidad y la fuerza de redefinir su vida. Claver no es, obviamente, representante de la ciudad terrena, sino del Dios que no quiere la muerte del pecador, sino que se con-



vierta y viva, del Buen Pastor, que no escatima ningún esfuerzo para rescatar a la oveja perdida.

### **4.3. Ayudar a morir la muerte de un perfecto cristiano**

Después de esta preparación, «oía la confesión general del condenado por largo tiempo. Enseguida, si la hora lo permitía o si no al día siguiente, le celebraba misa, le daba la comunión y recitaba sobre él un Evangelio [...] y no lo dejaba de ninguna manera ni de día ni de noche, asistiéndolo y animándolo sin cesar». Mientras le ponían los vestidos y las cuerdas «eran tantas las palabras tiernas que pronunciaba, que endulzaba en aquel paciente aquella hiel amarga y [...] enternecía a todos los presos que se encontraban presentes». Cuando iban por la calle al suplicio, daba lugar a otros sacerdotes y religiosos para que lo confortaran. En los cruces de calles, donde se aglomeraba la gente, «hacía que el condenado se detuviera y hablara al pueblo, pidiéndole perdón del mal ejemplo que había dado y que aprendiera de él a no ofender a Dios». Mientras caminaban, lo iba rociando con agua bendita y le refrescaba la nariz con agua perfumada, «Al llegar al lugar del suplicio le hacía besar la escalera como el instrumento por el cual debía subir a gozar de Dios; y allí, con sus propias manos, le limpiaba el sudor del rostro y le daba algunos bocados que llevaba listos para que no se desmayara en tan amargo momento. Después de haberlo reconciliado y absuelto por medio de la bula, dándole mil abrazos lo consolaba y animaba, diciéndole que ojalá él fue-

ra tan afortunado de ir con él al cielo; y con la misma caridad y celo que se ha dicho, no lo abandonaba hasta que no había muerto. Mientras agonizaba hacía que se le cantasen con música preparada en la catedral, un responso con el órgano y con todos los instrumentos necesarios para ello».

Claver quería lograr la muerte de un perfecto cristiano. Él, con su compañía, que no recriminaba, sino que reconciliaba y rehabilitaba, era el sacramento de la acogida de Dios. Y así, el reo, que dio mal ejemplo, era capaz de dar ahora buen ejemplo. Y Claver lo conducía a que afrontase la muerte con valor, como expiación de sus culpas, y más aún, como tránsito a los brazos del Padre, tránsito al cielo. Nada le decía de seguir purgando, pues bastante amargo era el trago de la ejecución. Y por eso, como propio de persona digna, solemnizaba su agonía con canto y música de variados instrumentos, incluido el órgano.

La ejecución, que era un acto doloroso y afrentoso, presenciado por la multitud proclive a verlo como una venganza, se transformaba en el acto de rehabilitación final del reo, que era así, más aún que paciente, actor. La música coreaba como un aplauso el buen desempeño del ex criminal. Esta sobre-determinación del acto redimía también a la justicia de la ciudad, que no buscaba sólo el restablecimiento del orden, por el castigo del trasgresor, sino también la rehabilitación del reo, con lo cual se restablecía no sólo el orden externo, sino el interno, quedando ya no sólo sellada la fuente del desorden, sino trasmutada en fuente que mana humanidad. Hay que hacer notar al respecto que eran los al-

caldes de la cárcel los que llamaban al padre en cuanto notificaban la sentencia de muerte a un preso.

#### **4.4. A favor de la persona: no trataba a nadie como reo**

Los casos que se narran son muy expresivos de la humanidad extrema de Claver que, de lo extremada que era, podía dar la impresión de que se ponía a favor del reo, que no lo trataba como tal. Por eso, cuando un religioso le reprocha que lo que está haciendo no es regular, le responde: «Sí no incurro en alguna irregularidad dejándolo, mucho menos seré irregular ayudando a salvar a esta alma». Es, como en el caso de las disputas de Jesús con los fariseos, la discusión sobre sí debe prevalecer la normativa o el bien último de la persona, fin al cual debe enderezarse cualquier normativa, en una sociedad cristiana.

Esto reluce más aún en su trato con los condenados por la inquisición. Aunque le parecía que las procesiones de penados daban fruto y, en ese sentido, eran

saludables, «con todo sentía gran compasión por los reos procurándoles, en cuanto podía, el consuelo espiritual y temporal de sus almas y cuerpos, exhortándolos a que soportaran con paciencia, silencio y humildad aquellas penitencias». El padre se unía a la procesión y se acercaba a los penitenciados. «Ellos se alegraron mucho al verlo, y algunos decían: ‘Padre, encomendadme a Dios’ y otros: ‘Celebrad una misa por mí’, y él respondía que lo haría con mucho gusto». Y les llevaba regalos a la cárcel y los consolaba y animaba a la paciencia y tolerancia.

Es un toque de realismo su llamada al silencio, ya que alegar algo en su defensa, sería considerado como contumacia. Pero Claver no aludía al silencio motivado por el miedo o el engreimiento y, por eso, inculcaba también los sentimientos de humildad, aceptando la propia falibilidad, y tolerancia, aceptando la de los demás, y encomendando todo a Dios. Es de notar que muchos funcionarios del Santo Oficio testificaron a su favor, reconociendo su santidad.

## 5. LA FUENTE DE SU APOSTOLADO

---

La pregunta obligada, después de este recorrido, es cuál era la fuente de la cual manaba tan abundante, constante, pura y nutritiva el agua de su caridad. Se ha visto claro que para Pedro Claver, el colmo de la caridad es poner a las personas en contacto con el Dios amor, padre materno, todo misericordia, acogida, ternura y plenitud. Esto era así, porque Dios era la vida de su vida, el que la salvaba y hacía valiosa, el que la colmaba.

### 5.1. Embebido en Dios

Los testigos destacan que todo el tiempo que le sobraba a Claver del trato con los prójimos necesitados, lo dedicaba al trato con Dios, con la Virgen, con los santos, pero sobre todo, con Jesucristo. Es voz común en los testimonios, «que todo el día iba embebido en Dios y buscando maneras de inflamar su amor sacando motivos para hacerlo de todo aquello que veía». Uno de los rectores del colegio decía, refiriéndose a su oración, «que no sabía cuándo la interrumpía el padre. Porque a cualquier hora que lo fuera a visitar a su cuarto lo encontraba en oración». Otro seglar dice que «vio siempre que el padre permanecía en continua oración durante todo

el día y la mayor parte de la noche». Y el barbero del colegio, que tenía mucho trato con los padres, comenta que «cada vez que lo buscaba para algún asunto, lo encontraba en oración y en contemplación». Un familiar del Santo Oficio declara que «cada vez que este testigo iba a visitarlo en su aposento, lo que hacía con mucha frecuencia, lo encontraba en oración». El hermano Nicolás declara pormenorizadamente cómo hacía la oración y lo resume diciendo que «el tiempo en que no estaba ocupado en atender al bien espiritual de las almas confesando o catequizando o instruyendo a los negros, lo empleaba en la oración y comunicación con Dios» y sostiene «con gran fundamento que casi toda la noche pasaba en ella». Bastantes

mencionan que «estaba muy arrobado y casi fuera de sí de manera que no notaba la presencia de este testigo ni lo oía cuando le hablaba».

## **5.2. Piedad popular barroca**

Podemos decir que su religiosidad era la religiosidad popular, la piedad católica barroca. Y así, el hermano Nicolás se refiere a su devoción tan jugosa a la Virgen, que incluye la práctica del rosario y la difusión de esa devoción. Tanto es así que tenía montada una verdadera fábrica de rosarios, que distribuía con profusión y eran muy estimados por venir de él.

También tenía gran devoción a la cruz. En todos los apostolados sacaba a relucir el Cristo de bronce que llevaba consigo y que daba a besar a los enfermos y necesitados de consuelo o contrición. Tenía una cruz tosca de madera al pecho que estimaba muchísimo y daba a las personas cuando el caso era desesperado, pidiendo que se la devolviesen. Esta cruz, según aducen varios testimonios, hizo curaciones. Cuatro años antes de morir pasaba el virrey del Perú a los reinos de España y quiso visitar al padre por la fama de santidad que tenía. Después de intentar en vano besarle la mano, le pidió que le encomendara a él y a su familia, lo que el padre le prometió. Le pidió que en prenda le diera algo suyo. Él «le contestó que era pobre y no tenía nada para darle». Entonces, el rector le preguntó al hermano Nicolás que qué tendría el padre para darle, y él le dijo que lo que más apreciaba era esa cruz de madera. Él ordenó que se la trajera y se la diera. «El padre, como tan

obediente que era, fue inmediatamente por la cruz y la llevó al señor marqués diciéndole que se la daba de muy mal gusto porque había sido siempre su médico y su medicina». Como en otras ocasiones, reluce aquí tanto el aprecio que tenía a esa cruz como el poco aprecio a las grandezas sociales, y por eso, la franqueza de decirle que se la daba por obediencia, ya que le parecía el acto como una frivolidad, como lo era realmente, aunque el marqués no pudiera captarlo y lo tomara con devoción y sumo aprecio, diciendo «que la estimaba más que un toisón».

También era muy devoto del agua bendita y rociaba con ella a los enfermos y a los condenados. También él se santiguaba siempre con ella y tenía cuidado de que no faltara en el templo. Igualmente, lo era de las ánimas, del ángel de la guarda, del santo de su nombre, de san Ignacio, santo Domingo y san Antonio Abad. También asistía con devoción a los sermones, a la imposición de ceniza, a las disciplinas de cuaresma con sus correspondientes ejemplos predicados, a la bendición de las palmas el domingo de Ramos...

## **5.3. En toda su vida se crucificó a imitación de Cristo**

Pero lo más característico suyo, lo que da su fisonomía espiritual, es su contemplación constante de la pasión de Jesucristo: «Lo que meditaba con mayor frecuencia era la oración del Huerto, los azotes en la columna, el escarnio de la coronación de espinas, la crucifixión del Señor y el descendimiento de la cruz». Tenía estampas de cada paso de la pa-

sión. Dejaba todo el día el libro abierto en su cuarto, en el paso que contemplaba. Le dijo al hermano Nicolás «que muchas de sus mortificaciones y penitencias las hacía en reverencia y memoria de la Pasión». Varios atestiguan haberlo sorprendido en su cuarto con una corona de espinas de cedro en la cabeza y una soga al cuello. También se azotaba al acostarse a las nueve y al pararse hacía las cuatro de la madrugada. Lo hacía tan prolongadamente y con tal intensidad que hasta un vecino testifica que lo oía habitualmente.

Además del libro de estampas, tenía en su cuarto cuadros de la pasión, «de manera que adonde quiera que se volviera tenía algo que le recordaba estos misterios». También tenía cruces de madera con un Cristo pintado para llevarlas a los enfermos y condenados. En la capilla frente a su confesonario, colocaba el hermano Nicolás cuadros de la pasión, que él mostraba a los penitentes más rudos o poco dispuestos, exhortándolos a penitencia. Acababa siempre con un acto de contrición muy fervoroso, golpeándose el pecho, mientras les mostraba el Cristo de bronce, repitiendo muy sentidamente: «Señor, yo te quiero mucho». Los penitentes acababan repitiéndolo con él con verdadero dolor de sus pecados. Era tan devoto de la pasión que quería que todos lo fueran y recomendaba esta devoción a sus penitentes y amigos. Más aún, se puede decir que toda su vida fue «imitar a Cristo en sus dolores y sufrimientos. Tenía grabadas e impresas en el corazón las insignias de la pasión, y a Cristo Crucificado con ellas. Porque en toda su vida se crucificó a imitación de Cristo».

Esta crucifixión se manifestaba en la pobreza absoluta, que es la característica externa en la que todos se fijan, ya que nadie lo vio con sotana nueva, sino siempre viejas y remendadas, aunque limpias. En su cuarto no tenía sino una mesa y una silla viejas y un taburete, en el que se sentaba. No dormía en la cama, sino cuando estaba muy enfermo. Como le dijo al marqués, «era pobre y no tenía nada». Y nada necesitaba. Su crucifixión se manifestaba también en su obediencia, ya que para todo pedía permiso muy minuciosamente y obedecía en lo que se le mandaba, como cuando le ordenó el provincial quitarse los cilicios, después de una de sus enfermedades. Se manifestaba en la perfecta mortificación de todos los sentidos, empezando por la vista y el oído, de tal manera que no se enteraba de lo que no tenía que ver con su misión, ni tenía curiosidad de ello. También hemos visto cómo se mortificaba en el olfato y el gusto, ya que ni en las fiestas los satisfacía en el comer. Pero la crucifixión era sobre todo de su amor propio. Por eso dicen varios testigos que, cuando hablaban bien de él, huía; que cuando le pedían que los encomendara, presuponiendo que estaba más cerca de Dios, respondía que era una mala recomendación, que les podía hacer mal. Él se tenía por el hombre más bajo y ruin del mundo.

#### **5.4. Cuerpo mortificado, cuerpo liberado**

Teniendo en cuenta el apostolado tan desgastante, y digamos, sobrehumano, que ejercía, parecería que las peniten-

cias tan excesivas estaban totalmente fuera de lugar. Demasiada penitencia eran las fatigas apostólicas. Más aún, su médico insistía en que las enfermedades que tuvo tenían como causa «el mal trato que daba a su cuerpo con muchas abstinencias, disciplinas y cilicios y otras mortificaciones que hacía». Pero, mirando más de cerca, habría que reconocer que durar treinta y ocho años en este apostolado, que hemos descrito, en los calores de Cartagena, es durar muchísimo tiempo. Así, pues, no se puede decir que le hizo mal su modo de vivir.

Pero el fruto de su mortificación fue, como dijimos, que su cuerpo no sólo no fuera obstáculo para el apostolado, sino que se volcara completamente en él. Si el cuerpo tiene la función orgánica y la función simbólica, se puede decir que Claver logró que lo primero se redujera al mínimo y que lo segundo desaguara del todo, en la relación con el prójimo. Así dicen muchos testigos que su semblante parecía el de una persona sin vida. Sin embargo, todos los testimonios coinciden en que con los pobres y enfermos, con los esclavos recién venidos y con los leprosos estaba de lo más comunicativo, que irradiaba cariño, que su rostro relucía de alegría y fervor. Es lo que dice Pablo a los Corintios: «paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo [...] Así la muerte actúa en nosotros y la vida en ustedes» (2Co 4, 10.12).

Es muy claro que la ascesis que practicaba no es ni masoquismo, ni encerrarse en sí mismo, sino, por el contrario, liberación personal para entregarse con una humanidad consumada a

los que tenían necesidad de él, sobre todo a los que estaban abandonados y eran despreciados. El no necesitar nada se convertía en estar dispuesto siempre a dar el evangelio y a darse a sí mismo; la mortificación de los sentidos se transformaba en cuidado de los sentidos enfermos; la abstinencia absoluta daba lugar a la dadivosidad y el regalo a los necesitados. Así, el que nada tenía para sí, tenía el cuarto lleno de cosas para dar a otros. Incluso en el confesionario tenía una despensita, en la que no faltaba el vino, para dar a los que precisaban un bocado, y más todavía, un detalle de delicadeza humana.

Y sobre todo el que no se enteraba de lo que pasaba en la ciudad ni a su alrededor, tenía una tremenda capacidad para estimular la misericordia de la gente, para implicar a muchas personas de modo ocasional y, más aún, sistemático, en su servicio a los más pobres. Él lo hacía, y de modo excepcional, pero también buscaba muchos colaboradores como un modo espléndido de multiplicar la caridad, contagiándola. Iba constantemente a pedir, a veces cosas, a veces implicación personal. Y sabía agradecer, sirviendo también espiritualmente a esas personas. Son muchos los testimonios de gente que se sentía agradecida de que el padre echara mano de ellas y se ve que lo hacían desde dentro, participando también de su misión espiritual.

El que la mortificación no lo ensimismara se ve sobre todo en los banquetes que lograba que le prepararan los días de grandes fiestas para los pobres, en la puerta del colegio, y para los leprosos, en San Lázaro. Él, como Jesús, servía la mesa con gran alegría y daba

con su mano la comida a los impedidos. Y al final, recogía y lavaba todo con ayuda de los intérpretes. Estos banquetes eran verdaderos sacramentos del reino y manifestaban que la mortificación era para reservar para esto todas las energías de su vida.

Lo mismo podemos decir de la relación tan cálida con sus más directos colaboradores: los hermanos que lo acompañaban y los intérpretes negros. Los llenaba de respeto, los quería, los mimaba. Y logró que ellos participaran realmente de su ministerio. En los testimonios tan abundantes que dan, manifiestan estar a la altura del padre y expresan el inmenso respeto y cariño que sentían por él.

Así, pues, el mortificadísimo Pedro Claver, el que parecía un hombre que no era de este mundo, insensible a la fatiga, al horror de los cuerpos enfermos, fue también una persona muy sensible, que se pasó la vida abrazando y acariciando a los esclavos y enfermos pobres, que les hablaba con infinita ternura, que cuando hablaba de Dios se inflamaba de tal modo en amor que lo contagiaba

La ascesis fue, en verdad, muy extrema. Tenía que serlo, ya que su apostolado lo fue más aún. Ese fue el modo que tuvo de unificar su persona para no vivir sino para amar a Dios y para hacerse prójimo de los que habían caído en manos de ladrones, que los habían dejado medio muertos. Jesús crucificado y los crucificados del mundo fueron su vida. La ascesis fue el modo de no desviarse de esa dedicación; la practicó para no distraerse de ella, para no llevarla a cabo de modo remiso a causa de resistencias internas.

Todo esto se patentiza en su muerte: había vivido prescindiendo de sí mismo y volcándose sobre los demás, y al final, cuando ya murió, todos se volcaron sobre él. Así tiene que ser para que se consume la gratuidad. El defendió celosamente su humildad, y por eso, fue bueno que el homenaje, que llegó a la apoteosis, ocurriera después de la muerte. Él había rehusado sistemáticamente que le besaran la mano, y ya muerto se la besaron durante dos días enteros. Incluso, afirman los testigos, que su mano no estaba rígida, sino muy maleable y hasta impregnada del buen olor de su vida. Él, pobre de solemnidad, vivió dando todo lo que conseguía para dar y dándose a sí mismo, y ya muerto, lo quisieron despojar de todo, para retenerlo de ese modo consigo. Acaba, literalmente, entregado, un cuerpo entregado, completamente simbólico.

## **5.5. La prudencia de Pedro Claver**

Hablamos de lo escandaloso que resulta el hecho de que no haya ningún testimonio de compañeros jesuitas sacerdotes. Es comprensible que los padres se hubieran sentido muy contrariados por el proceder de Claver, por varios motivos muy significativos. Respecto de su apostolado, a todos les parecía bien su dedicación a los negros, ya que no sólo era el destino que le había dado la obediencia, sino un apostolado particularmente entregado a la Compañía; pero la preferencia sistemática de los negros respecto de los blancos resultaba inadmisibles en una sociedad de castas y esclavista. El que irrumpiera en el templo una multitud de negros comandada por



él para oír la misa, hacía que se salieran de forma automática, casi todas las personas de la buena sociedad, sobre todo las mujeres. Esto tuvo que molestar muchísimo a los compañeros, porque les espantaban las devotas. El que discriminara de manera sistemática a los blancos en el confesionario también. Si todavía extremaba el rigorismo al recriminar a las mujeres, porque venían con trajes llamativos y, sobre todo, con niñeras, se convertía en una actitud intolerable. Consta que el rector le amonestó de forma airada en el templo, delante de muchos testigos, por decir a una penitente que, si quería confesarse con él, viniera vestida de manera más modesta. Esto habría que interpretarlo como la gota que rebasó su paciencia, su nivel de tolerancia.

El modo tan cariñoso de tratar a los esclavos, abrazándolos y acariciándolos, el darles no sólo medicinas y comida, sino golosinas, tabaco y bebida, el que tuviera una verdadera despensa de todo esto en su cuarto e incluso en el confesionario, el que les procurara suculentos almuerzos, en las fiestas, y comiera con ellos, sirviéndolos a la mesa, les tenía que parecer impropio de un sacerdote y contrario al modo de proceder, tan grave, de un sacerdote jesuita. Este detalle de dar no sólo cosas necesarias, sino golosinas, tabaco y bebida impresionó incluso al “abogado del diablo” del proceso de beatificación.

El que honrara a los esclavos intérpretes, colocándolos por encima de él, el que los llevara a su cuarto para atenderlos, cuando estaban enfermos, les tenía que parecer algo revulsivo, impropio del orden que se debía observar, en

la vida social. Que el tema de los intérpretes producía roces, se ve en el hecho de que tuviera que recurrir al General. Consta que, una vez, el superior, por diferencias que habían tenido en la casa con sus intérpretes, le impuso que fuera al comedor y permaneciera de rodillas hasta que él le avisara. Tuvieron que interceder otros de la comunidad para que le mandara recado más de media hora después de que se podía levantar.

El que acostumbrara a comer en segunda mesa, sobre todo los domingos, cuando decía la misa de once; el que no asistiera a descansos y recreaciones les hacía llegar a la conclusión de que no era para una vida de comunidad. Es cierto que había comunicación, tanto en el apostolado como en lo espiritual, pero eso les debía parecer insuficiente. Es cierto que pedía permiso, en cada caso, al rector y obedecía sus órdenes, pero eso no bastaba.

Sin embargo, al ver la devoción desbordante de la gente y la petición de las autoridades, que fue en realidad exigencia, de que no se celebrara un funeral apresurado y simple, sino solemne; y al ver que la devoción no era pasajera, al escuchar el desconsuelo de los negros y los testimonios de la gente, después de haberlo velado, ¿cómo no volvieron sobre sí, tratando de descubrir la fuerza de lo que también ellos habían visto, pero que había quedado neutralizado por lo que les parecía negativo? ¿No indica falta de espíritu el no llegar a discernir esas virtudes heroicas y comprender que lo que veían como defectos o no lo eran o tenía explicación o no apagaba de ningún modo lo extraordinariamente bueno que relucía en su persona?



Por lo menos, habría que decir que el hermano Nicolás recuerda que, después de morir, no se acordaron de aplicarle, como es regla, indulgencias y otros sufragios, y que el olvido se debió al concepto que tenían de él, ya que les parecía evidente que no los necesitaba. También declara que el superior le ordenó (al hermano Nicolás) ocho o diez días después de su muerte, «que anotara todo cuanto supiera sobre sus virtudes y ministerios apostólicos».

## 5.6. Radicalidad y transcendencia

Pedro Claver no fue un ideólogo. No se dedicó a elaborar teorías, ni predicaba máximas generales. No predicó nunca contra la esclavitud de los negros. Trató de mediar entre ellos y sus amos, insistiendo con éstos en que los trataran bien y no los castigaran y procurando que cesara el castigo si los esclavos habían incurrido en una falta grave, y ayudando a los negros a que se respetaran a sí mismos y, por tanto, a que cumplieran con sus obligaciones.

Pero más allá de esos oficios, lo más característico suyo fue el modo como se relacionó con ellos. Él les decía, desde que los recibía en los barcos, que los habían traído para servirse de ellos. Pues bien, Claver estaba a su servicio, de tal

modo, que las relaciones que entabló con ellos fueron absolutamente trascendentes. No expresaban las posibilidades de la situación. Expresaban, de modo concretísimo, el seguimiento de Jesús en su circunstancia. Una persona normal no hubiera podido hacer lo que él hizo. La hipótesis sería que ése era el nivel dominante entre los padres de la Compañía, y por eso, la incompreensión, ya que su proceder evidenciaba, de forma involuntaria, la falta de radicalidad evangélica, en que se movían. Al no reconocerla, ya que aceptaban la estima que se tenía de ellos como expresión de lo mejor del centro de los jesuitas —no podemos olvidar que era un centro cristiano—, la reacción fue el resentimiento inconsciente.

La gente captó que Claver hizo lo que hizo porque era la presencia de la transcendencia humanizadora del Espíritu de Jesús. Sólo por eso lo soportó y hasta le pareció bien. No lo interpretó como subversivo sino como trascendente. Por eso tantas personas colaboraron con él; por eso tantos discriminados por él testificaron a su favor. No pudieron dejar de reconocer en su actuación la misma misericordia de Jesús, la del propio Dios. Esa fue también la apreciación del abogado de la causa en respuesta a objeciones del defensor de la fe.

Para más información sobre san Pedro Claver:

*Proceso de beatificación y canonización de S. Pedro Claver.* Traducción del latín y del italiano por Anna Maria Splendiani y Tulio Aristizábal, Bogotá, Centro Editorial Javierano, 2002, 593 pág.

Ángel VALTIERRA, SJ., *San Pedro Claver. El santo que libertó una raza*, Bogotá, Ed. Pax, 1.964, 391 pág.

Joan GABERNET, *Pere Claver*, Barcelona, ed. Claret, 2010, 192 pág.

Juan BALARI ZANOTTI, *Pasión por el riesgo: San Pedro Claver*, Barcelona, 2012, 153 pág.

*Sant Pere Claver. Esclau dels esclaus*, DVD en catalán, Barcelona, ed. Claret.

*San Pedro Claver. Esclavo de los esclavos*, DVD en castellano e inglés, Madrid, Edibesa.



*«Ayudar», con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.*

*Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

## **Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»**

60. O. TUÑÍ. Ocho días con Jesús - 61. J. M. RAMBLA. No anticiparse al espíritu - 62. V. CODINA. Una presencia silenciosa - 63. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (2) - 64. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (1) - 65. T. GUARDANS. Cristina Kaufmann, a la búsqueda de lo esencial - 66. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (2) - 67. D. MOLLÁ. La espiritualidad ignaciana como ayuda ante la dificultad - 68. J. ROIG. El crecimiento espiritual - 69. L. YLLA - X. MELLONI - J. RAMBLA - D. OLLER. ¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad? - 70. P. TRIGO. Pedro Claver, esclavos de los esclavos

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet a: [www.cristianismeijusticia.net/eides](http://www.cristianismeijusticia.net/eides)

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

### **Cristianisme i Justícia**

c/ Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona  
Tel: 93 317 23 38 • [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)  
[www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)